

## ¿Producen las buenas vallas distinguidos académicos?

*Sigmund Diamond*<sup>1</sup>

Debe haber muy pocas personas que a estas alturas no sepan que viven en un mundo dividido entre dos culturas. Los que se sientan desanimados por el hecho pueden encontrar consuelo cuando se enteren que su macrocosmos, aún así, es un tercio menos complicado que el microcosmos de la universidad; pues la universidad, como Galia, está dividida en tres partes -humanidades, ciencias sociales y ciencias naturales- y los partidarios de cada una atacan a los de las otras como si fueran *Amalekites* a ser golpeados en muslo y cadera. En 1892, al ocupar la cátedra de historia económica en Harvard University, William James Ashley advirtió que un espectro se cernía, si no frente a toda la humanidad, al menos sí frente a la profesión histórica:

El educado público general [...] quiere saber cómo es que los individuos y los episodios se relacionan a una totalidad amplia, y cuál ha sido la relevancia de esta relación. Si los eruditos entrenados de manera competente no tratan de satisfacer este deseo natural y admirable, los escritores incompetentes lo harán. [...] El historiador y el economista pueden expulsar a la naturaleza con el tridente del seminario y el método deductivo, pero Némesis se yergue muy cerca del hombro de la "economía pura" o de la "historia pura" y en Estados Unidos esto generalmente se llama sociología.<sup>2</sup>

Como historiador en un departamento de sociología, he morado en Rhianus por nueve años, clavado la mirada en Némesis y, pese a todo, he vuelto indemne; y les traigo la noticia alentadora, de que el viaje no es tan

<sup>1</sup> Este artículo, aparecido originalmente con el título de "Do Good Fences Make Good Scholars?", fue publicado por la Wemyss Foundation, de Wilmington, Delaware, en junio de 1964. Su traducción, realizada por Servando Ortoll y revisada en cuanto a estilo por J. de Jesús Hermosillo Martín del Campo, se publica con el permiso del autor.

<sup>2</sup> William James Ashley, *Surveys: Historic and Economic*, Londres, editorial 1900, p. 30.

terrible como con frecuencia se piensa. Por cierto, algunas veces siento que nunca me he alejado. Esto no quiere decir que haya retornado con respuestas a los interrogantes que preocuparon a Ashley y continúan plagándonos a todos. Gran parte de la aversión ventilada en contra de las ciencias sociales, hoy en día, surge de la inevitable frustración producida cuando se sitúan las expectativas a un nivel muy alto, ya porque los ambulantes hayan vendido a mayor precio su producto o ya porque la insatisfacción con el estado de las cuestiones en una disciplina lleva a sus practicantes a creer en la imposibilidad de que las cosas puedan estar tan mal en otra. Estoy seguro que no traiciono a mi disciplina cuando les digo: no pregunten qué pueden hacer las ciencias sociales por ustedes; pregunten más bien qué pueden hacer ustedes por las ciencias sociales. Al hablar de la conexión entre estilos artísticos y formas de vida social, el distinguido historiador del arte, Myer Schapiro, insiste en la conveniencia, incluso en la necesidad, de escrutar el nexa social de las producciones artísticas y, sin embargo, admite lo absurdo, en el presente estado del conocimiento, de resolver el interrogante que plantea:

La idea de una conexión entre las formas y estilos ya se sugiere por la estructura de la historia del arte. Sus divisiones principales, aceptadas por todos sus estudiantes, son también los muros divisorios de unidades sociales -culturas, imperios, dinastías, ciudades, clases, iglesias, etc.- y periodos que marcan etapas significativas en el desarrollo social. [...] En muchos problemas se admite, generalmente, la importancia de las condiciones económicas, políticas e ideológicas para la creación de un estilo grupal (o una visión del mundo que influye en el estilo).

Pero ninguna adecuada teoría exhaustiva del estilo ha sido producida, continúa el profesor Schapiro, porque los eruditos, pródigos frente a las pesquisas en los determinantes sociales del arte, temen ser acusados de reduccionismo y, más aún, porque tal teoría del estilo debe "esperar una [...] teoría unificada de los procesos de la vida social, en la cual se incorporen los recursos prácticos de la vida, así como los de la conducta emocional".<sup>3</sup>

En lo que concierne al primero de los dos requisitos del profesor Schapiro, puede ser necesario admitir que reconozco que el arte es multivalente y en cierto sentido siempre se encuentra en proceso de renovación. Decir algo acerca del arte no significa agotar todo lo que se pueda decir sobre él; pese a todo, esa cosa en particular puede bien valer la pena decirla. En cuanto

<sup>3</sup> Meyer Schapiro, "Style", en Alfred Kroeber, compilador, *Anthropology Today*, Chicago, 1951, pp. 310-311.



al segundo de sus requisitos, no es necesario decir que no posco esa "teoría unificada de los procesos de la vida social", prerrequisito para las teorías especiales de la producción artística. Una teoría de la sociedad, sin embargo, no debe ser confundida con la ciencia social. Mi propósito es elucidar las pretensiones de esta última. Si eso es menos espectacular que la presentación de una gran teoría, tiene al menos el mérito de que no se le pueden adjudicar ínfulas extravagantes.

Liu Hsieh, el historiador literato y crítico chino del siglo quinto, nos dice que, en tiempos pasados, los emperadores tenían dos historiadores en la corte, "el historiador de la mano izquierda, quien tomaba nota de lo que se hacía, y el historiador de la mano derecha, quien apuntaba lo que se decía".<sup>4</sup> Pese a que Liu Hsieh calla sobre el tema, no es difícil para nosotros visualizar cuán agrias disputas jurisdiccionales -enmascaradas tras el elaborado ceremonial de etiqueta de la corte- deben haber ocurrido entre los anotadores de la palabra y los apuntadores del hecho. Intentamos enfrentar las complejidades de nuestro tema dividiéndolo de manera diferente que los chinos, pero las características especiales de nuestra historiografía, no menos que la china, son artefactos de nuestro modo de investigar. Hablamos de "campos de estudio", y la metáfora agraria ejerce una poderosa influencia en nuestro estilo de trabajo. Cultivadores de nuestras propias parcelas académicas, aramos nuestro suelo, recogemos nuestra cosecha de conclusiones, permanecemos estrictamente dentro del territorio que los agrimensores han demarcado con estacas para nosotros y con frecuencia nos resentimos de las que consideramos intrusiones de nuestros vecinos. Puede bien ser, en el mundo de los poetas, que las buenas empalizadas hagan buenos vecinos; queda aún por verse si las buenas vallas producirán distinguidos académicos. Hay considerable evidencia de que la existencia de las empalizadas ha sido responsable frente a una cosecha menos rica de lo que hubiera sido posible, de ser otras las condiciones.

En vista de la percepción en boga de que cualquier producto del pensamiento y trabajo del hombre -sin importar el escondrijo en que lo coloquemos por razones de conveniencia- debe ser visto como inextricablemente asociado en el rango completo de la experiencia humana, parece extraño que el reconocimiento académico del mismo hecho se exprese con frecuencia tan maliciosamente. En un comentario que aparece en la conclusión de un capítulo titulado "Desarrollo literario y tiempo", Liu Hsieh escribe:

<sup>4</sup> Liu Hsieh, *The Literary Mind and the Carving of Dragons*, traducido por Vincent Yuchung Shih, Nueva York, 1959, p. 84.

Against the background of ten dynasties. Literary trends have changed nine times. Once initiated at the central pivot. The process of transformation circles endlessly. Literary subject matter and the form in which it is treated are conditioned by the needs of the times. [...] <sup>5</sup>

Alexis de Tocqueville, al observar que las obras de arte superiores no florecen en las democracias modernas, concluyó que los hombres "involucrados ya en la política, ya en una profesión" no tienen más inclinación que "probar ocasionalmente y a hurtadillas, los placeres de la mente", considerados solamente como "una recreación transitoria y necesaria entre las labores serias de la vida". Las predisposiciones condicionadas por la forma de ganarse la vida, dan lugar a una necesidad de excitación en el tiempo ocioso para neutralizar el aburrimiento del trabajo; el hombre moderno, por lo tanto, necesita de "fuertes emociones, fragmentos dramáticos, verdades y errores suficientemente brillantes para elevarlos y derribarlos al unísono, como por exabrupto de violencia, en la mitad de un tema". <sup>6</sup>

Cuando alguien tan poco amigo del uso de consideraciones biográficas e históricas en los estudios literarios como Leo Spitzer analiza el anuncio:

*From the sunkist groves of California  
Fresh for you*

"en la misma manera no prejuiciada como he intentado hacerlo en el caso de un poema de San Juan de la Cruz o de una carta de Voltaire creyendo [...] que este tipo de arte [...] ofrece [...] un 'texto' en el cual podemos leer [...] el espíritu de nuestro tiempo y de nuestra nación", <sup>7</sup> entonces seguramente tenemos justificación al aceptar el axioma de que la base social del arte puede ser ignorada, pero difícilmente cuestionada. <sup>8</sup>

No es de gran importancia el saber si estas observaciones acerca del contenido y estilo de las producciones literarias son de hecho ciertas. Lo que sí importa es que el intento de probarlas o desprobarlas requeriría el examen de un conjunto de evidencia y el uso de ciertos procedimientos generalmente considerados fuera de los límites de la historia literaria tradicional.

La insatisfacción creada por las definiciones tradicionales de la esfera de acción y método, propios de los estudios literarios e históricos, ha generado

<sup>5</sup> *Ibid.*, 244-245.

<sup>6</sup> Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, 2 volúmenes, Nueva York, 1855, II, 61.

<sup>7</sup> Leo Spitzer, *Essays on English and American Literature*, Princeton, 1962, pp. 250, 252.

<sup>8</sup> Harry Levin, "Literature as an Institution", en Mark Schorer *et al.*, compiladores, *Criticism - The Foundations of Modern Literary Judgement*, Nueva York, 1948, p. 546.



una cantidad de esfuerzos por alterar el conjunto de las disciplinas, de tal manera que se puedan investigar, adecuadamente, nuevas cuestiones significativas. El papel pionero desempeñado por el departamento de historia de la Johns Hopkins University en busca de mejorar los estándares de la ciencia, es bien conocido. Pero pocos han notado que uno de los primeros esfuerzos serios en observación participativa en los Estados Unidos -*Rudimentary Society Among Boys*, de John Johnson, un estudio de las organizaciones, actitudes y conducta de muchachos en una escuela privada cerca de Baltimore- fue publicado en 1884 como tesis de doctorado en los *Johns Hopkins Studies in Historical and Political Science*. Lo que aquí importa no es el simplista esquema evolucionario de Johnson, ahora completamente obsoleto, sino que su concepción de la historia forzó a los miembros del seminario de la Hopkins mucho más allá de los límites tradicionales del objeto de estudio apropiado para la historia.

"Cuando la publicación de los *Johns Hopkins University Studies* empezó", escribió Herbert Baxter Adams en su introducción al trabajo de Johnson, "no se anticipó [...] que algún colaborador descendería más abajo de la escala de temas institucionales tales como ciudades, parroquias, feudos, etc. [...] Los estudiantes modernos están descubriendo materiales históricos y sociológicos en escritos tan imaginativos como la *República* de Platón, la *Utopía* de Moro y la *Nova Atlantis* de Bacon, pero hay pocos científicos que han pensado que pueda ser gratificante utilizar la riqueza de hecho e ilustración para la historia institucional, que yace frente a nuestras propias puertas".<sup>9</sup> Si la "riqueza de hecho e ilustración [...] que yace frente a nuestras propias puertas" es, por definición, confiscada por los practicantes de otras disciplinas, no hay misterio de por qué esta riqueza debió haber sido ignorada. En el trabajo de Johnson y en muchos otros productos del seminario de la Hopkins mucho se alcanzó y se sugirió un prometedor programa. El logro -sin importar cuánto lo podemos denigrar hoy en día, dado nuestro más grande inventario de información acerca de los temas estudiados- ocurrió no porque ellos intentaran conscientemente definir el ámbito y método de la disciplina que practicaban. Sucedió porque exploraron problemas que el aparato conceptual y metodológico de su propia ciencia era inadecuado para abordar, y en el intento hicieron hallazgos y plantearon interrogantes que se convirtieron en lugar común. La promesa inherente en su programa estaba en el uso consciente de la teoría para sugerir problemas de investigación y en el diseño explícito de investigación para demostrar lo adecuado o inadecu-

<sup>9</sup> Johns Hopkins, *University Studies in Historical and Political Science*, Baltimore, 1884, II, No. 20, p. 5.

cuado de esa teoría. El mérito de lo que ellos intentaron es independiente de lo que nosotros pensemos de la teoría que los guió. Esa teoría podría, desde el punto de vista de 1964, ser enteramente obsoleta; pero la búsqueda consciente del tipo de conocimiento que proporcionaría una prueba crítica de su aceptabilidad, revitalizó a la historia a la vuelta del siglo y esta búsqueda se encontraba en la mejor tradición de la investigación científica.

Dentro del mismo espíritu, el historiador económico Guy S. Callender, deprimido por las limitaciones que imponía el estrecho rango de conducta humana comprendida por las conjeturas de la teoría económica llamó, en 1913, a un acercamiento entre la historia y la sociología. Los historiadores, escribió, están llegando a tener una concepción más amplia de su campo. "No es difícil descifrar, en términos generales, cuál es esta concepción [...] Quizá la mejor manera de describirla en una frase sea llamarla la visión sociológica de la historia. Como regla los historiadores objetarán este término. No les parece posible que un cuerpo de teoría compuesto, tan ampliamente, de generalizaciones moderadamente imprecisas como la sociología, pueda tener algo en común con la cuidadosa historia científica. Aún más que el economista, el sociólogo les parece inclinado a jugar rápido y de manera imprecisa con los hechos. Él es un perfecto extranjero frente a la disciplinada influencia de 'materiales originales'. [...] Sin embargo, es con la sociología que la nueva concepción de la historia está más afiliada y es con el sociólogo que el historiador está logrando tener más en común". No es que Callender quisiera exonerar a los sociólogos de la acusación que dirigió en contra de los historiadores. "El fracaso de los historiadores de reconocer esta afinidad con la sociología hace juego con la indiferencia de los sociólogos con la historia", continuó. "Las instituciones de las 'Todas y las apacibles Arfuras' continúan a recibir más atención en sus manos que la monarquía alemana, las comunidades pueblerinas de Europa medieval, o el sistema feudal. A pocos estudiantes de sociología en nuestras universidades se les aconseja tomar un curso sociológico tan admirable como la historia constitucional temprana de Inglaterra".<sup>10</sup>

Esta insatisfacción recibió quizá su expresión más aguda en Francia -en el ataque sobre la *histoire historisante*-, la noción que la historia se ocupa no con la vida del hombre en la sociedad, sino con la explicación de documentos en archivos. En el primer volumen de su *Revue de Synthèse Historique*, Henri Berr, en una manera reminiscente de Ashley, alertó sobre el acercamiento de Némesis:

<sup>10</sup> Guy S. Callender, "The Position of American Economic History", *American Historical Review*, 29, 1913-1914, pp. 81, 82, 85-87.



Ahora, si consideramos la naturaleza del trabajo histórico en el último tercio del siglo, este cauteloso e intencionalmente limitado esfuerzo, esta preocupación por un "buen método" para ser aplicado más que por los resultados en gran escala a los que hay que arribar, estamos más capacitados para entender los rápidos avances de la sociología y la popularidad de que goza. Hay indudablemente muchas razones para este éxito: por mucho el más importante es la lucidez de la idea de que hay algo social en la historia, que la sociedad es un factor en la interpretación de la historia.<sup>11</sup>

Pese a que podría parecer, por esta breve reseña de las relaciones entre estudios históricos y sociología, que la actitud dominante hacia la situación sugiere hienas ladrando y rugiendo por su ración de carroña, sería sorprendente -en especial, dado el lapso de tiempo durante el cual el debate ha ardido con furia- si todo lo que tuviéramos que mostrar fueran exhortaciones de qué hacer y alertas de qué evitar. Sir Lewis Namier, uno de los grandes historiadores del siglo veinte, estaba dispuesto, en estos asuntos, a ir más allá que la mayoría de sus colegas historiadores, al insistir en la indispensabilidad de lo que constituye el terror de los científicos humanistas: la investigación en equipo.

"Nadie esperaría que un sondeo contemporáneo de la vida y el trabajo de la gente o de conducta política, fuera emprendido por un individuo en vez de equipos", escribió. "¿Por qué entonces sí se espera que esto suceda para un periodo pasado? La baja productividad de la investigación histórica en ésta, y aun en muchas otras direcciones, se debe a conceptos y a métodos anticuados -¡siempre garrapatear, garrapatear, garrapatear! ¿ah, mister Gibbon?- pero las preguntas ahora planteadas y los materiales a ser conquistados hubieran frustrado aun a ese, el más grande e industrioso de los historiadores del siglo dieciocho. A menos que haya investigación concertada, la historia no puede habérselas con conjuntos de otra manera que mediante vagas generalidades: procesarlas como entidades en las que cada persona retiene su propia individualidad, requiere de una nueva técnica".<sup>12</sup> Namier especificó una cantidad de problemas sobre los cuales los historiadores saben demasiado poco. "Aún peor que nuestra posición con respecto a la psicología de los individuos [...]", escribió, "es la que concierne a los grupos, a las masas, a la multitud en acción. Estamos todavía meramente buscando a tientas una entrada a la psicología de las masas. [...] Nosotros ni siquiera conocemos algunos de los medios a través de los cuales los hombres se comunican entre

<sup>11</sup> "Sur notre programme", *Revue de Synthèse Historique*, 1, 1900, pp. 3-4.

<sup>12</sup> "History", en Sir Lewis Namier, *Avenues of History*, Londres, 1952, p. 10.

sí pensamientos y emociones. Recuerdo una observación que en 1911 escuché de Sir Reginal Wingate: él dijo que después de todos sus años en el Sudán, continuaba siendo un misterio para él cómo las noticias viajaban entre los nativos. [...] *La grande peur*, el pánico que se apoderó de la campaña francesa en julio de 1789 y consolidó a la Gran Revolución, es el ejemplo fundamental de un disturbio psicológico a nivel nacional; pero temores más pequeños de ese tipo pueden ser descubiertos en casi toda revolución".<sup>13</sup>

Fue la queja de Namier que los historiadores no tenían respuestas de substancia a estos interrogantes -la importancia de las comunicaciones para el desarrollo político y la explicación de movimientos de masa irracionales-. No me gustaría dar la impresión de que se conoce todo acerca de estas preguntas; pero me gustaría enfatizar que mucho se sabe ahora acerca de ellas, que mucho de lo que se sabe aparece en el trabajo de científicos sociales, y que los historiadores interesados en estos interrogantes ignoran tal trabajo a riesgo de hacer aparecer el suyo como trivial. En *Communication and Political Development*, Lucian W. Pye, dirigiéndose directamente a la cuestión que Namier planteó acerca de las comunicaciones en las sociedades tradicionales, escribe:

Los sistemas tradicionales de comunicadores profesionales, y aquellos que participaron en el proceso, lo hicieron en la base de su posición social o política en la comunidad o meramente de acuerdo a sus lazos generales de asociación. [...] La gente acudió a líderes de opinión para aprender lo que podía hacerse con los limitados fragmentos de información recibidos en la comunidad. La capacidad de los dirigentes de opinión no consistió en entresacar información especializada, sino de juntar indicios y elaborar -si no es que bordar-, con la deficiente información posiblemente compartida por todos los presentes. Así el sistema tradicional dependía del papel del hombre sabio y del narrador de cuentos imaginativo, quien necesitaba pocas palabras para percibir la verdad y quien podía expandir sobre la limitada corriente de mensajes.<sup>14</sup>

En lo que toca al segundo de los problemas de Namier -la explicación de movimientos de masa políticos y sociales irracionales- es significativo que tres de los mejores estudios recientes, el de Peter Worsley sobre cultos de cargo, el de Norman Cohn sobre movimientos medievales milenarios y el de Eric Hobsbawm sobre rebeldes primitivos en Europa del sur durante el siglo

<sup>13</sup> "Human Nature in Politics", en Sir Lewis Namier, *Personalities and Powers*, Londres, 1955, pp. 3-4.

<sup>14</sup> Lucian W. Pye, compilador, *Communications and Political Development*, Princeton, 1963, pp. 4, 24, 28.



diecinueve, fueron escritos por un antropólogo, un historiador y un economista historiador como productos de un seminario en el que participaron sociólogos y politólogos también, y que fue presidido por el distinguido antropólogo Max Gluckman.<sup>15</sup> Nadie ha hecho más en años recientes para recomendar las ciencias sociales a los historiadores que Thomas C. Cochran. Al escribir hace diez años en el boletín 64 del Social Science Research Council, *The Social Sciences in Historical Study*, el profesor Cochran hizo un llamado a una nueva síntesis que reemplazara el tema presidencial en la historia norteamericana y designó un número de problemas importantes hacia los cuales la investigación debería ser dirigida, incluyendo el carácter cambiante de las relaciones familiares y de las aspiraciones familiares. "Quizá algún día", escribió, "será posible adivinar ampliamente el grado en el cual las agresiones grupales, el radicalismo político o la inestabilidad de las reacciones de masa se debieron a las ansiedades y esfuerzos de un condicionamiento familiar que gradualmente se volvió inadecuado en los cambios en la sociedad circundante". Cochran hizo un llamado a que los científicos estudiaran los conflictos creados por el hecho de que patrones de socialización familiar -el proceso mediante el cual un individuo aprende cómo convertirse en miembro de una sociedad particular- que pueden haber sido apropiados para una sociedad pre-industrial, se habían vuelto obsoletos por el cambio social y económico.<sup>16</sup>

Incluso al momento en que Cochran hizo su súplica, se sabía mucho más acerca del tema de lo que él estaba consciente. La relación entre socialización familiar y movimientos políticos y tensiones sociales pudo haber sido capítulo cerrado para la mayoría de los historiadores; era un asunto de interés intenso para otros científicos. Permítaseme citar solamente a dos estudiantes del tema, cuyas observaciones tenían casi veinte años de vida al momento en que el profesor Cochran hizo su súplica. El cambio de una sociedad estratificada a una fluida, declaró el profesor Salomon Diamond en *A Study of the Influence of Political Radicalism on Personality Development*, ha significado que el puesto de un hombre en la sociedad, sea sentido como una medida de su valía individual, más que como una función de su membresía en un grupo social particular. "Este cambio [...] tiene una tremenda significación psicológica. [...] Ha modificado incluso el mundo del niño, no solamente porque la atmósfera competitiva del mundo adulto ha sido reflejada en sus juegos, sino

<sup>15</sup> Peter Worsley, *The Trumpet Shall Sound*, Londres, 1957; Norman Cohn, *The Pursuit the Millenium*, Londres, 1957; Eric Hobsbawm, *Primitive Rebels*, Manchester, 1959.

<sup>16</sup> Thomas C. Cochran, "The Social Sciences and the Problem of Historical Synthesis", en *The Social Sciences in Historical Study*, Nueva York, 1954, p. 166.

también porque ha llevado a las familias a colocar exigencias agregadas sobre los niños, para evaluarlos en términos de su capacidad en adelantar, para entrenarlos, desde una edad temprana, para la competencia posterior. [...] Bajo estas condiciones, los sentimientos de inferioridad vienen a desempeñar un papel crucial en las vidas tanto de niños como de adultos. [...] La sociedad evalúa en todo momento al individuo, en términos de sus oportunidades de avance y él aprende, en consecuencia, a evaluarse a sí mismo".<sup>17</sup>

Al considerar el peso relativo que varios factores tenían en la hechura del radicalismo o del conservadurismo, otro investigador observó, en 1938, que en una muestra de la población, la influencia del hogar fue notada cuarenta y cinco veces; la de amigos, cuarenta y una; la de libros, dos; la de individuos prominentes, seis; la de incidentes dramáticos, cinco; la de servicio escolar y la de compañeros de trabajo, una.<sup>18</sup>

Si el interés en los efectos de la socialización de la familia en otros aspectos de la vida social ha producido algunos hallazgos antes de 1954, tras publicarse el artículo del profesor Cochran, este interés ha generado una verdadera maraña de descubrimientos en los años posteriores. Ciertamente, el profesor Herbert H. Hyman ha escrito lo que de hecho es una guía a la literatura de solamente una de las consecuencias de la socialización -su influencia en el involucramiento absoluto dentro de la política y en la selección de fines políticos o políticas-.<sup>19</sup> Al hojear las páginas de un inventario recién publicado de hallazgos sobre la conducta humana, noté una serie de conclusiones relevantes para la pregunta del profesor Cochran:

- 1 La presión de los padres hacia (y recompensa por) logros tempranos, cuando se asocia con una alta proporción de éxitos a fracasos, resulta en una alta necesidad de logro más tarde en la vida.
- 2 Entre más tempranas sean las demandas de los padres para logros de sus hijos, más fuerte será el impulso subsecuente hacia los logros.
- 3 Los patrones de la familia de las clases bajas cambian más rápidamente bajo la industrialización que los de las clases altas.
- 4 Dentro de una sociedad, un énfasis en logros en ciertos tipos de literatura imaginativa, parece estar asociado con la tasa subsecuente de desarrollo económico.<sup>20</sup>

<sup>17</sup> (Nueva York, 1936), 11.

<sup>18</sup> Bernard Breslaw, *The Development of a Socio-Economic Attitude*, Nueva York, 1938, p. 61.

<sup>19</sup> Herbert H. Hyman, *Political Socialization: A Study in the Psychology of Political Behavior*, Glencoe, Ill., 1959.

<sup>20</sup> Bernard Berelson y Gary A. Steiner, *Human Behavior: An Inventory of Scientific Findings*, Nueva York, 1964, *passim*.



Mi propósito en citar estos hallazgos no es ni sugerir que los académicos que se hallan en desacuerdo están equivocados, ni que los científicos sociales han descubierto todo lo que se necesita conocer acerca de estas cuestiones y que los historiadores requieren solamente recorrer veredas bien trilladas. Todo lo contrario: creo que las investigaciones históricas sobre los efectos de la socialización familiar son indispensables para determinar el grado de generalidad de las conclusiones alcanzadas por los científicos sociales y lo genuino y lo inconsistente de sus correlaciones -cuestiones que deben siempre permanecer debatibles mientras la evidencia se derive de una corta duración de tiempo en el lapso inmediato-. De todas maneras, ningún historiador o estudiante de la cultura puede permitirse ignorar tales hallazgos si está interesado en los efectos de diferentes modos de socialización sobre la vida política y económica. El trabajo de David McClelland y sus estudiantes sugiere la existencia de un rico tapiz en donde las hileras de socialización familiar, la literatura folclórica y el desarrollo político y económico, producen diferentes patrones en distintas culturas y aun en diferentes estratos sociales de la misma cultura.<sup>21</sup> Pueden tener razón, tener parcialmente razón, o estar equivocados; pero los historiadores interesados en el problema deben consultar su trabajo a menos que estén dispuestos a aislarse, a sí mismos, de una línea de investigación que promete imponer orden sobre una amplia variedad de fenómenos recalcitrantes y aparentemente no relacionados; y a menos que estén dispuestos a privarse de la posibilidad de utilizar el tipo de conocimiento que ellos distintivamente poseen para que influya en la puesta a prueba de lo adecuado de la teoría contemporánea.

Comunicaría una falsa impresión si sugiriera que, en nuestro trabajo como historiadores a través del conocimiento derivado de las ciencias sociales, aún no se ha alcanzado ningún logro sustantivo. El hecho es que una verdadera revolución ya ha ocurrido. MaCaulay escribió una vez que "la historia del gobierno y la historia del pueblo" debían ser "exhibidas de manera tal que sólo puedan ser descritas justamente, en conjunción inseparable e intermixtura. No deberíamos entonces tener que buscar las guerras y los votos de los puritanos en Clarendon, y su fraseología en *Old Mortality*; la mitad del rey James en Hume y la otra mitad en *The Fortunes of Nigel*".<sup>22</sup>

<sup>21</sup> Véase, por ejemplo, David C. McClelland, "National Character and Economic Growth in Turkey and Iran", en Pye, *Communications*, 152-181; McClelland, *The Achieving Society*, Princeton, 1961; N.M. Bradburn y D.E. Berlow, "Need for Achievement and Economic Growth", *Economic Development and Cultural Change*, 10, 1961, pp. 8-20.

<sup>22</sup> "History", *Edinburgh Review*, 47, 1828, p. 365.

El análisis social no se ocupa con un objeto de estudio particular, en cuyo caso tendríamos aún otra categoría de libros en los cuales habría que buscar la verdad acerca de los puritanos y del rey James, sino con una forma de mirar a todas las organizaciones sociales y las relaciones que imponen. Uno solamente tiene que considerar cambios significativos recientes en la historiografía norteamericana, para darse cuenta de cuán inmensa transformación ha tomado lugar. Biografías colectivas de los ocupantes de estamentos particulares; estudios de los orígenes sociales de las élites; investigación del impacto del cambio social y económico en el área de toma de decisiones; los efectos de la movilidad social en la participación política y en la elección de objetivos políticos; estudios más sofisticados de opinión pública y la creación y extensión de la influencia; la importancia de variables no económicas como la estructura familiar, concepciones del tiempo y actitudes hacia los estamentos sociales, al explicar diferentes tasas de desarrollo económico; el descubrimiento de la importancia de la etnicidad. ¿No provino gran parte de los estímulos para investigar estos problemas de conceptos, hallazgos y métodos en las ciencias sociales?

\* \* \*

Los estudios literarios no han sido influenciados tan marcadamente, pero aquí también ha habido cambio y hay promesas. Hace 11 años Hugh Dalziel Duncan publicó una bibliografía de 71 páginas sobre literatura considerada como una institución social;<sup>23</sup> desde entonces las investigaciones para correlacionar cambios en el contenido de la literatura con otros fenómenos sociales, para determinar las intenciones de los productores de literatura, para estudiar los efectos de diferentes tipos de comunicaciones sobre el público y para relacionar diferentes formas de patrocinio a la creación de nuevos géneros y estilos, se han incrementado rápidamente. En los Estados Unidos, en contraste con Europa, tales estudios se ocupan más con la literatura popular que con las bellas letras; pero la una es tan parte de nuestra civilización como la otra y, debería señalarse, un sub-producto de este interés en la cultura popular de nuestro propio periodo ha sido el incremento de la atención científica a problemas de alfabetismo y diferentes públicos lectores en otros tiempos y culturas.

Lo que la sociología del conocimiento -el estudio de los efectos de la vida social en el contenido de las producciones mentales- tiene que ofrecer en

<sup>23</sup> *Language and Literature in Society*, Chicago, 1953, pp. 143-214.



este momento, es una orientación hacia nuestro objeto de estudio más que una teoría sobre éste. La importancia de la orientación no puede, sin embargo, ser fácilmente descuidada. Considerando cómo la ocupación influye en la disposición, el poeta W.H. Auden se dirigió directamente al problema del impacto de los medios ambientes en los constructos mentales:

Who when looking over  
Faces in the subway  
Each with its uniqueness

Would not, did he dare,  
Ask what forms exactly  
Suited to their weakness  
Love and desperation  
Take to govern there.

Would not like to know what  
Influence occupation  
Has on human vision  
Of the human fate;  
Do all the clerks for instance  
Pigeon-hole creation,  
Brokers see the Ding-an-  
sich as Real Estate?<sup>24</sup>

Cuando los poetas toman en cuenta la sociología del conocimiento, puede que no sea mucho sugerir que los comentaristas de los poetas apenas pueden permitirse hacer menos.

Si al discutir la relación entre las ciencias sociales y los estudios históricos no he obrado exponiendo las pretensiones de cada disciplina a un objeto de estudio particular o a un método distintivo, es porque siento que es menos posible progresar intentando una visión sinóptica de las relaciones entre ellas que concentrándose en problemas específicos cuya solución requiere el uso del conocimiento y métodos relevantes a esos problemas, y no a las disciplinas particulares que nosotros practicamos. Algunas veces se logra esta útil convergencia al iluminar datos acumulados en una disciplina mediante conceptos existentes en otra; a veces también, cuando las hipótesis en una disciplina

<sup>24</sup> "Heavy Date", en *The Collected Poetry of W.H. Auden*, Nueva York, 1945, p. 106.

sugieren nuevos problemas de investigación en otra; con menos frecuencia, cuando se utiliza una técnica de análisis desarrollada en una disciplina, a la solución de un problema en otra.

A la solución de un problema, este es el *quid*; pues si recordamos que nuestra preocupación no es éste o aquél conjunto de datos, éste o aquél método, sino *la vida del hombre en la sociedad*, entonces tanto la búsqueda de solución a problemas irresueltos, como el descubrimiento de nuevos problemas, nos liberarán de las conocidas amarras y nos requerirán aventurarnos en pos de conocimientos y métodos relevantes, donde sea que los encontremos. "Plantear un problema", escribió Lucien Febvre, "es precisamente el comienzo y el fin de toda la historia. Si no hay problemas, no hay historia -sólo narrativas, compilaciones-. Ahora recuerden, si no he hablado de 'ciencia de la historia', me he referido a 'estudios científicamente investigados'. [...] -la formulación implica dos operaciones, aquellas que se encuentran en la base de todo trabajo científico moderno- plantear problemas y formular hipótesis".<sup>25</sup>

Todos nosotros aspiramos a trascender las limitaciones impuestas en nuestro conocimiento y comprensión por distinciones que tienen su origen menos en nuestro objeto de estudio, que en los requerimientos asumidos por el profesionalismo. Es su último libro, el gran historiador francés, Marc Bloch, escribió:

¿Somos entonces el comité de reglamentos de una vieja fraternidad, quienes codificamos las tareas permitidas a los miembros de esa fraternidad y que, con una lista terminada de una vez por todas, sin vacilar reservamos el ejercicio de estas tareas a los maestros licenciados? [...] Pasteur, quien renovó la biología, no era biólogo y durante su vida con frecuencia se le hizo sentir; justo de la manera en que ni Durkheim ni Vidal de la Blanche, el primero filósofo convertido en sociólogo y el segundo geógrafo, estaban agrupados entre los historiadores licenciados, y que sin embargo dejaron una impresión incomparablemente más grande en los estudios históricos al inicio del siglo veinte que cualquier especialista.<sup>26</sup>

Poco después de escribir estas oraciones, Marc Bloch fue ejecutado por los nazis. No sería el más pequeño de los triunfos del humanismo, si nosotros fuésemos a mantener vivas sus palabras en nuestro trabajo.

<sup>25</sup> "Vivre l'histoire", en Lucien Febvre, *Combats pour l'histoire*, París, 1953, p. 22.

<sup>26</sup> *The historian's Craft*, Nueva York, 1953, 21, nota 1, pp. 21-22.